

Dermatología Y Arte. Edición 284.

La Condición Humana. Andre Malraux.

La condición humana está basada en una revolución real, que tuvo lugar en 1927, en Shangai, del Partido Comunista chino y su aliado, el Kuomintang, contra “Los Señores de la Guerra”, como se llamaba a los autócratas militares que gobernaban esa China descuartizada, en la que las potencias occidentales habían obtenido, por la fuerza o la corrupción, enclaves coloniales. Esta revolución fue dirigida por un enviado de Mao, Chou-En-Lai, en quien está inspirado, en parte, el personaje de Kyo. Pero, a diferencia de éste, Chou-En-Lai no murió cuando, luego de derrotar al gobierno militar, el Kuomintang de Chang Kai-Shek se volvió contra sus aliados comunistas y, como describe la novela, los reprimió con salvajismo; consiguió huir y reunirse con Mao, a quien acompañaría en la Gran Marcha y secundaría como lugarteniente el resto de su vida. condición humana es procomunista, sin la menor ambigüedad. No estalinista, sino, más bien, trotskista, pues la historia condena explícitamente las órdenes venidas de Moscú, e impuestas a los comunistas chinos por los burócratas de la Komintern, de entregar las armas a Chang Kai-Shek, en vez de esconderlas para defenderse cuando sus aliados del Kuomintang dejaran de serlo. No olvidemos que estos episodios suceden en China mientras en la URSS seguía arreciando el gran debate entre estalinistas y trotskistas (aunque ya había empezado el exterminio de éstos) sobre la revolución permanente o el comunismo en un solo país. Mas una lectura ideológica o sólo política de la novela soslayaría lo principal: el mundo que crea de pies a cabeza, un mundo que debe mucho más a la imaginación y la fuerza convulsiva del relato que a los episodios históricos que le sirven de materia prima. Más que una novela, el lector asiste a una tragedia clásica, incrustada en el mundo moderno. Un grupo de hombres (y una sola mujer, May, que en el mundo esencialmente misógino de Malraux es apenas una silueta algo más insinuada que la de Valery y las cortesanas que hacen de telón de fondo), venidos de diversos horizontes, combaten contra un enemigo superior para —lo dice Kyo— “devolver la dignidad” a aquellos por quienes combaten: los miserables, los humillados, los explotados, los esclavos rurales e industriales. En esta lucha, a la vez que son derrotados y perecen, Kyo, Tchen, Katow, alcanzan una valencia moral más elevada, una grandeza que expresa, en su más alta instancia, “la condición humana”.

« Vladimir Nabokov: “Lolita”.-Cine: “La Costilla de Adán” / “Adam’s Rib”.- »André Malraux:
“La Condición Humana” / “La Condition Humaine”.-

febrero 19, 2008 por aquileana

Lecturas Estivales: André Malraux:

“La Condición Humana” / “La Condition Humaine”.-

Reseña de Mario Vargas Llosa:

“Cerca de la muerte una pasión semejante aspira a transmitirse. La posesión completa de sí mismo. Total. Absoluta. La única. Saber. No buscar, buscar durante todo el tiempo, las ideas y los deberes”... (IBD: Malraux).

La condición humana está basada en una revolución real, que tuvo lugar en 1927, en Shangai, del Partido Comunista chino y su aliado, el Kuomintang, contra “Los Señores de la Guerra”, como se llamaba a los autócratas militares que gobernaban esa China descuartizada, en la que las potencias occidentales habían obtenido, por la fuerza o la corrupción, enclaves coloniales. Esta revolución fue dirigida por un enviado de Mao, Chou-En-Lai, en quien está inspirado, en parte, el personaje de Kyo. Pero, a diferencia de éste, Chou-En-Lai no murió cuando, luego de derrotar al gobierno militar, el Kuomintang de

Chang Kai-Shek se volvió contra sus aliados comunistas y, como describe la novela, los reprimió con salvajismo; consiguió huir y reunirse con Mao, a quien acompañaría en la Gran Marcha y secundaría como lugarteniente el resto de su vida. condición humana es procomunista, sin la menor ambigüedad. No estalinista, sino, más bien, trotskista, pues la historia condena explícitamente las órdenes venidas de Moscú, e impuestas a los comunistas chinos por los burócratas de la Komintern, de entregar las armas a Chang Kai-Shek, en vez de esconderlas para defenderse cuando sus aliados del Kuomintang dejaran de serlo. No olvidemos que estos episodios suceden en China mientras en la URSS seguía arreciando el gran debate entre estalinistas y trotskistas (aunque ya había empezado el exterminio de éstos) sobre la revolución permanente o el comunismo en un solo país. Mas una lectura ideológica o sólo política de la novela soslayaría lo principal: el mundo que crea de pies a cabeza, un mundo que debe mucho más a la imaginación y la fuerza convulsiva del relato que a los episodios históricos que le sirven de materia prima. Más que una novela, el lector asiste a una tragedia clásica, incrustada en el mundo moderno. Un grupo de hombres (y una sola mujer, May, que en el mundo esencialmente misógino de Malraux es apenas una silueta algo más insinuada que la de Valery y las cortesanas que hacen de telón de fondo), venidos de diversos horizontes, combaten contra un enemigo superior para —lo dice Kyo— “devolver la dignidad” a aquellos por quienes combaten: los miserables, los humillados, los explotados, los esclavos rurales e industriales. En esta lucha, a la vez que son derrotados y perecen, Kyo, Tchen, Katow, alcanzan una valencia moral más elevada, una grandeza que expresa, en su más alta instancia, “la condición humana”

ALGUNAS FRASES DE LA NOVELA

“Todos sufren- pensó- , y cada uno sufre porque piensa. En el fondo, el espíritu del hombre no piensa más que en lo eterno, y la conciencia de la vida no puede ser más que angustia”.

“Se necesitan nueve meses para hacer un hombre, y un solo día para matarlo”.

“Abandono y silencio. Cargadas con todos los ruidos de la mayor ciudad de China, las ondas zumbadoras se perdían allí, como en el fondo de un pozo, los sonidos procedentes de las profundidades de la tierra”.

“El mundo es como los caracteres de nuestra escritura. Lo que el signo es a la flor, la flor misma lo es a alguna cosa. Todo es signo. Ir del signo a la cosa significada es profundizar el mundo, es ir hacia Dios”.

“La función de la inteligencia no consiste en prescindir de las cosas. La inteligencia es la posesión de los medios para dominar a las cosas o a los hombres”.

“Soy también ese cuerpo que usted quiera que sea solamente. Su presencia me aproxima a mi cuerpo con disgusto, como la primavera me aproxima a él con júbilo”.

“El maestro dice que si supiera que va a morir, cree que pintaría mejor, pero no de otro modo”.

“Siempre había pensado que es bueno para uno morir de su muerte, de una muerte que se asemeje a su vida. Y que morir es pasividad, pero matarse es acción”

“Avanzaban en silencio entre los muros, que el cielo amarillento y cargado de bruma tornaba pálidos, en una soledad miserable, acribillada de detritus y de hilos telegráficos”.

“La vida futura vibraba tras todo aquel silencio”.

“En el camino de la venganza se encuentra la vida”.

“Aunque haya vivido dos horas como un hombre rico, la riqueza no existe... Entonces la pobreza no existe tampoco. Que es lo esencial. Nada existe: todo es un sueño”

“Cuanto más heridos hay, cuanto más se aproxima la insurrección, más se copula”.

“Su gesto y la expresión violenta de su rostro se compaginaban mal con aquella indiferencia. Ella lo contemplaba, extenuada, con los pómulos acentuados por la luz vertical. También él contemplaba sus ojos sin mirada, sumidos en la sombra, y no decía nada”.

“La tarde de la guerra se perdía en la noche. Al ras del suelo se encendían las luces, y el río invisible llamaba hacia sí como siempre, la poca vida que quedaba en la ciudad”.

“Entregarse, para una mujer, y poseer, para un hombre, son los dos únicos medios de que los seres puedan comprenderlo todo, sea lo que sea”.

La condición humana gira en torno a los sucesos que habían sacudido China pocos años antes, en el 1927. La gran revolución que había unido el partido nacionalista Kuomintang, liderado por Chiang Kai-shek, y el Partido Comunista Chino contra la autocracia militar feudal de los conocidos como Señores de la guerra, estaba en el punto de mira del mundo entero. Algunos la contemplaban con miedo, es cierto, pero muchos otros la miraban como una promesa: la esperanza de una segunda gran revolución comunista, una revolución que traspasara los límites de Rusia y alargara su mano hacia el mundo entero. Sin embargo, las medidas que Kai-shek tomó para evitarlo fueron drásticas y brutales, y mostraron su decisión de atacar el problema en su raíz; el resultado fue una purga contra los comunistas que se selló con centenares de muertos, dando lugar a una terrible guerra civil que duraría hasta el 1950, año del triunfo comunista y del establecimiento de la República Soviética de la China.

En este marco, Malraux sigue los pasos, en una obra coral llena de recovecos y de profundidades, de un grupo de personajes, la mayoría de ellos comunistas, cuyos diversos

destinos los han llevado a coincidir en estas circunstancias de violencia y de terror, que devienen el escenario perfecto de las más turbias pasiones humanas. Chen, el terrorista anarquista obsesionado con la idea del crimen; Kyo, el político comunista que sabe que de sus decisiones depende el futuro del país e incluso de la humanidad; Gisors, el anciano padre de Kyo, fumador adicto al opio, cuya tranquila desesperación lo ha llevado de los ideales del comunismo a una tristeza que se refugia en lo irreal; el barón de Clappique, el excéntrico y fingido loco que mediante la constante invención de sí mismo logra escapar de la realidad convulsa en la que vive; May, la médica cansada de ver el sufrimiento de los miserables, capaz de sacrificarlo todo por su amor a Kyo; Ferral, el orgulloso hombre de negocios francés, partidario interesado de Chiang Kaishek, para quien el sexo esconde tan solo la insaciable sed de conquista y dominación; Katow, el obrero de origen burgués que expresa a su modo, igual que Chen o Kyo, el sentido épico de toda una lucha; Hemmerlich, el hombre mediocre para quien el peso del deber frente a su familia frustra su anhelo de lucha y de sacrificio; todos y cada uno de ellos conforman el conjunto de vidas cuyo conflicto va más allá de las fronteras de una nación, penetra en el corazón de los hombres y expresa, como señala el título del libro, la incierta condición humana.

Pero esto nos acerca a la gran interrogación de la obra: ¿cuál es esa condición humana que pesa como una fatalidad sobre todos estos personajes? Malraux no nos da en realidad una respuesta definitiva, si bien apunta hacia ella en varias ocasiones. «Es muy raro que un hombre pueda soportar su condición de hombre», dirá el viejo Gisors, hablando con Ferral. Y esta afirmación alberga en sí todo un abanico de posibilidades que sitúan a Malraux en la línea más pura del existencialismo. La silueta de un destino propio se cierne sobre los protagonistas, decíamos, como un deber singular e intransferible, porque, como le responderá Ferral, «un hombre es la suma de sus actos, de los que ha hecho y de los que puede hacer. » ¿Cuál es, pues, la condición humana? Sin duda podrían darse, desde el libro mismo, diversas respuestas a esta pregunta, pero es fácil advertir que si una circunstancia es común a todos los personajes que recorren el texto, sin excepción alguna, es la soledad: la soledad absoluta de saberse frente a un destino que a nadie más atañe, de saberse responsable de las propias decisiones, o en términos sartreanos, de enfrentarse solos a la temible libertad de elegir. También la dignidad, cierto, se erige como emblema de la condición humana, pero el precio a pagar por ella es muy alto. Esto lo saben, o cuanto menos lo intuyen, todos los personajes, y por ello su lucha no será tanto para conquistar esa dignidad como para evadirse de su responsabilidad, para emanciparse de su condición de hombres sea por el camino que sea, como señalará nuevamente Gisors:

«- Quizás el amor sea, sobre todo, el medio que emplea el occidental para emanciparse de su condición de hombre...

Bajo sus palabras, se deslizaba una contracorriente confusa y oculta de figuras: Chen y el crimen; Clappique y su locura; Katow y la revolución; May y el amor: él mismo y el opio... Sólo Kyo se resistía a aquellos dominios.»

Pero la verdad es que, en la medida en que rehúyen dicha condición, todos los personajes están, al mismo tiempo, abocándose a esta, puesto que asumen el destino que se abre ante ellos, fruto de una elección particular. El problema, no obstante, es que Chen con el crimen, Katow con la revolución o May con el amor, optan por la vía del absoluto, que está destinada, de un modo u otro, al fracaso. Todo ello remite en gran medida al anhelo individualista, a la cuestión que Nietzsche proponía bajo los conceptos de la voluntad de poder y del superhombre, si bien el asunto queda aquí planteado en términos muy diferentes:

« -(...) Además, los hombres son, quizá, indiferentes al poder... Lo que les fascina ante esa idea, ya ve usted, no es el poder real; es la ilusión del buen placer. El poder del rey es gobernar, ¿no es cierto? Pero el hombre no tiene deseo de gobernar: siente el deseo de dominar; usted lo ha dicho. De ser más que hombre, en un mundo de hombres. Escapar a la condición humana, le decía yo. No poderoso, sino todopoderoso. La enfermedad quimérica cuya justificación intelectual no es más que la voluntad de potencia, es la voluntad de deidad: todo hombre sueña con ser un dios.»

La condición humana pasa, pues, según vemos, por la aceptación de las propias limitaciones y por la renuncia a la búsqueda del absoluto, puesto que la aspiración que nos lleva a él nos aleja de los demás hombres y, por ende, de nuestra propia circunstancia humana. Claro que ello no implica, ni mucho menos, renunciar a la individualidad para sumergirse en la masa anónima; por el contrario, esta sería también otra vía hacia el absoluto, la vía de Katow, que a pesar de sus virtudes acaba errando el camino, puesto que un colectivo humano sin individuos (el del sueño comunista) carece igualmente de sentido.

Desde luego, Malraux no desestimaba la idea de una revolución comunista, sino que, por contra, se sentía sinceramente inclinado (al menos en su juventud) hacia este proyecto. La misma novela que nos ocupa, si bien carece de la pátina panfletaria que muchos han querido verle, refleja de manera innegable su simpatía hacia los comunistas, que aparecen en ella con una dignidad casi épica. No obstante, tampoco debemos olvidar que Malraux se formó, como Sartre o Camus, en un pensamiento de corte existencialista, en el que el individuo queda siempre en un primer plano, y en el que el ideal comunista de una sociedad indiferenciada no llega a realizarse nunca del todo. En este sentido, ese destino colectivo que es la revolución China, con sus paisajes de revuelta y sinrazón, se torna tan solo el escenario donde convergen, como en una encrucijada, cada uno de los destinos particulares que la conforman, y que caracterizan no una colectividad sin rostro, sino una masa viva de personas convulsas y estremecidas. El conflicto se plantea para todas ellas en los términos de la tragedia clásica: cada uno de los personajes, más allá de la realidad común en la que sin duda participan, es confrontado, como individuo, a un destino propio e inalienable. Pero otro elemento, ajeno a la tragedia griega, entra en juego: la libertad; la libertad de elegir enfrentarse a este destino o rehuirlo, de aceptarlo o no, de asumir la condición de hombre entre hombres o de pretender alzarse en un dios y alcanzar el absoluto. Que este destino particular acabará por absorber a todos los hombres por igual, no hay duda de ello. La diferencia, esencial, es únicamente de actitud.

El único personaje en expresar plenamente esa condición humana que reza el título, y de aceptarla en todas sus consecuencias, es Kyo. Kyo sabe tomar las riendas de su propio destino y erguirse ante él sin subterfugios. Mientras que para Chen, Gisors o Katow el comunismo se levanta como una fatalidad, para Kyo adopta la forma de una voluntad. Kyo se sabe hombre entre hombres, pero hombre a pesar de todo; no aspira al absoluto individualista de Chen, ni al absoluto colectivo de Katow. Acepta, según hemos dicho, sus humanas limitaciones; está dispuesto a sacrificarse, sí, pero no, como Katow, por una causa abstracta, sino por otros individuos, por la dignidad de aquellos que le rodean y la suya propia. Especialmente sugestivo, en este sentido, es el pasaje en que Kyo, sabiendo que su vida pende de un hilo, acepta finalmente, después de numerosos ruegos, que May le acompañe en su cometido; en este punto, el reconocimiento de May como otra persona más, es decir, un individuo igual que él, con un destino particular comparable al suyo y una idéntica responsabilidad de elegir, y el reconocimiento asimismo de un nexo común, el amor, que los une más allá de cualquier abstracto vínculo de camaradería, consagran a Kyo de un modo definitivo en su condición humana.

No es Kyo el auténtico protagonista de la historia. No: es Chen, el individualista, el terrorista, este personaje fascinante vacilando entre el nihilismo y el misticismo, cuya fuerza literaria pone en relieve su silueta y lo hace resaltar sobre las páginas como un ser vivo y arcano. Chen anticipa, la figura del héroe de Malraux, un héroe existencialista e individualista, abocado al fracaso, pero cuya pretensión de alzarse sobre los hombres y abrazar el absoluto le concede una intensidad literaria infinitamente más seductora que la de Kyo. Y no es difícil adivinar que el mismo Malraux, que propuso a Kyo como ejemplo de equilibrio moral y emblema de la revolución humana, debía sentir a su tiempo una secreta atracción por Chen, individualista como él, para quien el sacrificio de un solo individuo es la única manera posible de movilizar los engranajes de la historia.

Junto con Chen, también otra figura de La condición humana despunta como uno de los más sorprendentes personajes de la literatura francesa del S.XX: se trata del barón de Clappique, el despreocupado, refinado y excéntrico europeo que, ajeno a las miserias de su alrededor, vive en un mundo de exótico hedonismo y diversión. El barón de Clappique es una irrupción de fantasía, de absurdo, de libertad, de humor, en este mundo grave, lógico, lúgubre y violento de revolucionarios y contrarrevolucionarios. Está allí para aligerar, con una bocanada de irresponsabilidad y locura, ese enrarecido infierno de sufrimiento y crueldad». Pero Clappique es todavía más que eso. Es el cuentista incorregible, el gracioso embustero, el genial relator de aquello que nunca fue. Clappique no solo inventa historias, sino que inventa también su propia historia: su vida consiste en narrarse de continuo a sí mismo, como un personaje más de sus anécdotas. Clappique es el hombre cobarde, porque no se atreve a enfrentarse a su propio destino, pero también el hombre valiente, porque al final su personaje, su máscara, acaba cobrando vida, y se determina a sí mismo en su constante ficción.

El mismo Malraux fue a la par Chen y Clappique. Chen es el fruto de su pasión individualista, de su lucha por alcanzar el absoluto, aunque fuera a costa de la propia condición humana; el aventurero que Malraux fue no ansiaba otra cosa que deshacer el hombre en la leyenda, en el mito, alzar su nombre como insignia de todo un siglo. Clappique, por su parte, encarnó lo que tenía de mitómano, de narrador, y por supuesto de novelista; Clappique es la ficción, el sueño, la pasión de vida que su creador persiguió sin cesar, y que tal vez jamás alcanzó. Es por ello que Chen y Clappique adquieren esta maravillosa viveza que los arranca de las páginas del libro y los graba con singular precisión en la memoria del lector. Kyo encarnaba quizá el héroe que Malraux siempre

quiso ser, pero con el que nunca pudo identificarse. El barón Clappique y Chen expresan, en cambio, la extraña y enigmática paradoja de este personaje que fue Malraux.

ANDRÉ MALRAUX.



André Malraux (París, 3 de noviembre de 1901 - Créteil, 23 de noviembre de 1976), novelista, aventurero y político francés. Personaje representativo de la cultura francesa que giró en torno al segundo tercio del siglo XX, en su vida se confunden los elementos novelados del escritor con la expresión del hombre público, la propaganda del político y la realidad de los hechos históricos que vivió. Esta mezcolanza ha llevado a alguno de sus críticos, como el biógrafo Olivier Todd a considerar a Malraux el primer escritor de su generación que logró edificar de una manera eficaz su propio mito.

André padecía el Síndrome de la Tourette, una afección que provocaba las características muecas, guiños y tics que tanto le distinguieron en vida durante sus apariciones públicas y entrevistas.

Nacido Georges-André Malraux, su padre, Fernand, era un agente de bolsa apasionado por los inventos y la mecánica, que primero abandonó a su familia y luego se suicidó. André pasó una infancia acomodada en Bondy, suburbio de clase media en las afueras de París, en compañía de su madre Berthe, su tía y su abuela quienes regentaban una pastelería. A pesar de no sufrir estrecheces económicas y de disponer de una educación privada y un reducido grupo de buenos amigos, el escritor resumió en las primeras líneas de sus Antimemorias aquella etapa de su vida: casi todos los escritores que conozco recuerdan con cariño su infancia, yo odio la mía.

Abandona los estudios a los 18 años y se instala en el propio París. Su formación es autodidacta. No cursa estudios universitarios aunque frecuenta la Escuela de Lenguas Orientales, en la que nunca se matriculó. Consulta publicaciones de la Escuela Francesa de Extremo Oriente sobre hallazgos arqueológicos en las colonias francesas de Indochina. Subsiste mediante la compraventa de libros raros y antiguos y se familiariza con el mundo de la edición; realizará impresiones minoritarias de lujo para coleccionista y obras de pornografía fina. En lo personal, cultiva el dandismo y la apariencia elegante. Frecuenta los círculos artísticos de vanguardia (André Breton, Louis Aragon, Paul Éluard, Max Jacob, André Gide) y colabora en revistas culturales: su primer texto publicado se titulará Sobre los orígenes de la poesía cubista. A los veinte años autoedita su primer libro Lunes en papier (Lunas de papel), narración extravagante y fantástica, ilustrada con grabados de Fernand Léger, que posee en su estilo influencias del surrealismo y el movimiento Dadá

Exterior del templo de Banteay Srei. En 1921 contrae matrimonio con Clara Goldsmidt, hija de comerciantes alemanes emigrados de origen judío. Aconsejados por Fernand Malraux, la pareja invierte la dote de boda en acciones de una compañía minera mexicana. Tras la quiebra de ésta, André aprovechará sus conocimientos de arqueología oriental para organizar una expedición privada con el fin de robar piezas de arte jemer en Camboya. En 1923 se embarca con su esposa y su amigo de infancia Louis Chevasson hacia Saigón y desde allí se dirigen a Phnom Penh. En el templo abandonado de Banteay Srei, ubicado en el área de Angkor arrancan varios relieves, pero son descubiertos y detenidos por las autoridades coloniales. Parte de estos hechos inspirarán su tercera novela, La vía real.

André y Louis son procesados en Saigón y condenados a prisión en 1924, pero no llegaron a cumplir condena. Malraux aprovechó las sesiones del juicio para, irónicamente, llamar la atención sobre la falta de protección del patrimonio arqueológico francés, además de provocar la movilización de sus amigos intelectuales en la metrópoli. Conoce de primera mano el sistema judicial, la burocracia colonial y la segregación de los nativos en el territorio de ultramar. Su enemistad con la administración regional, así como con algunos periódicos locales, se acentuó al año siguiente, cuando funda junto al abogado Paul Monin el diario L'Indochine, de marcado corte crítico con el sistema colonial. Su existencia será breve, ahogado por la competencia, el boicoteo oficial y las deudas. Tras soportar la censura y un primer cierre, el periódico es renombrado como L'Indochine Enchaînée (Indochina Encadenada). Hasta su cierre definitivo en 1926, el codirector André Malraux entrenará la prosa con noticias y artículos de opinión especialmente cáusticos con las instituciones y denunciará los desmanes contra la población indígena. También cultivará el estilo y la narrativa a través de relatos insertos en el periódico, como La expedición de Ispahán, donde la aventura, la metafísica y el surrealismo se dan la mano.

En estos años, Malraux se ha impregnado de la cuestión social sobre ciertas desigualdades, de la lucha por superarlas y del compromiso del escritor con la sociedad que le rodea. Conocerá, nunca de primera mano, los sucesos que convulsionan China, como la huelga general de Cantón, la rebelión de Shanghái, el ascenso del Kuomintang y la represión contra los comunistas. Estos serán los materiales con los que compondrá dos de sus novelas: Los conquistadores y La condición humana.

En 1936, al comienzo de la Guerra Civil Española, Malraux se pone a disposición del gobierno de la II República.

Gracias a sus contactos con personalidades del Ministerio del Aire francés (entre los que se encontraba Jean Moulin, futuro líder de la Resistencia) consigue movilizar bombarderos, cazas y aparatos de escolta que serán pagados con fondos del gobierno español. Incluso después de la formación del Comité de No Intervención comprará en Francia nuevos aparatos a través de países terceros. El escritor contrata también las tripulaciones, formadas por voluntarios y profesionales, algunos procedentes del servicio Aéropostale francés.

A partir de 1947 se une al general De Gaulle, quien lo nombrará ministro del Interior, luego de Cultura de 1958 a 1969. Como ministro, Malraux mezcla política de prestigio y obra social. No debe olvidarse que fue el pionero de las Maisons de Jeunes et de la Culture que marcaron profundamente la vida de los municipios y de los barrios en Francia durante varias décadas. Pero la cultura de Malraux en materia de arte y su fraternidad con artistas de primer nivel (Matisse, Braque, Picasso, Giacometti) distinguen particularmente la obra del ministro: nombra en el Odeon a André Masson, en la Ópera de París a Marc Chagall, envía la Gioconda de Leonardo da Vinci a Estados Unidos, restaura el Palacio de Versailles. Malraux no cesa de hacer brillar la cultura francesa en el mundo.

En el curso de su vida, marcada por tragedias personales (pierde a su esposa Josette Clotis en condiciones dramáticas, luego los dos hijos), ha tratado a las grandes personalidades del mundo político (Mao Zedong, John F. Kennedy y Jawaharlal Nehru, por ejemplo) y ha mantenido un diálogo constante con los grandes artistas: Pablo Picasso, Marc Chagall, Georges Braque, Maurice de Vlaminck, André Derain, Fernand Leger, Jean Cocteau, André Gide, Max Jacob, Pierre Reverdy y Louise de Vilmorin, quien fue su última compañera.

Hombre de libertades, Malraux jamás se creyó atado a un dogma y, a través de sus mutaciones, fue siempre fiel a su necesidad de superación, a su heroísmo duro que excluye apelar a utopías consoladoras.

En 1976 recibe el Premio Internacional Alfonso Reyes.

Colaboración de la Dra. Raquel M Ramos M

